

PRIMERA PARTE

LA ROSA DE JADE

Para acceder a la cuarta dimensión hay que dominar la tercera. Esto puede conseguirse bien de forma espontánea o bien por medio del conocimiento. Y ahí es donde la mente se detiene, el sueño de lo irreal desaparece, el yo se diluye y el universo entero se funde y se convierte en un punto único, aunque infinito.

—¿Qué es la Rosa de Jade? —pregunta el hombre joven que permanece en pie y que le mira fijamente, aunque sin agobiarlo, con sus ojos de color castaño que, según les da la luz, muestran un tinte verde.

—Una leyenda —responde Václav Hus, el dueño de la casa.

—Contádmela, os lo ruego.

Václav lo observa despacio. Si sólo se fija en sus movimientos ágiles y en su rostro de piel tersa diría que se trata de alguien muy joven, pero en su mirada puede leer que ha vivido intensamente, que ha sufrido, que ha andado por muchos caminos y que se ha propuesto alcanzar una meta, y eso le concede la gracia de una edad indefinida. Sus zapatos están cubiertos de polvo y la ropa, aunque limpia, ya acusa el paso del tiempo. Lleva al hombro una capa gruesa de color marrón oscuro que debe servirle de manta, cuando duerme al raso, y de protección, cuando llueve, y acarrea con un zurrón, que parece que es todo su equipaje.

Es la segunda vez que Václav oye pronunciar las mismas palabras. La primera ha tenido lugar en la puerta, cuando Václav ha acudido a la llamada de su criado Edvard que mantiene a aquel hombre fuera del zaguán.

—Pregunta por una rosa que parece que ha perdido —ha dicho Edvard en checo y en voz baja, receloso. Luego ha retomado el alemán y ha alzado el tono para añadir—: Señor, tengo que salir para cumplir el encargo que me habéis hecho, pero si queréis me quedo.

—No es necesario —ha contestado Václav, también en alemán—. Alguien que pronuncia las palabras Rosa de Jade merece, cuando menos, que se le escuche.

—Regresaré enseguida —ha replicado Edvard y ha abandonado la casa deprisa.

Cuando Edvard desaparece, el dueño de la casa invita al recién llegado a acompañarle y lo conduce hasta una sala grande que mide unos treinta codos de largo por veinte de ancho, dividida en dos partes por medio de una arcada y decorada con madera oscura.

La mirada del visitante se detiene en la librería que ocupa más de un tercio de las paredes y que está repleta de libros, rollos, carpetas y documentos. No es habitual encontrar algo así en una casa particular. Las bibliotecas de parecidas dimensiones pertenecen a los monasterios, a los conventos, a las universidades o a personas de muy alto rango, como nobles, príncipes y monarcas. No se le escapa que el resto de las paredes aparece cubierto por dibujos a lápiz y pequeños cuadros que representan flores. Pero le sorprende que todos los dibujos son de rostros, mientras que todos los cuadros son de flores, y que los colores son para las flores, mientras que el blanco y el negro están reservados para los rostros. Sin excepción alguna. Sin embargo, no

pregunta nada. Finalmente sus ojos se posan en la gruesa alfombra que cubre el suelo de la mitad de la sala en la que cuenta cinco butacas dispuestas en semicírculo.

Václav, alto, grueso, ya mayor, calvo, con una barba rojiza y unos ojos claros, lo observa.

El visitante concluye su inspección ocular y se vuelve hacia él, que le indica con un gesto de su mano que tome asiento. El hombre deposita el zurrón en el suelo y la capa sobre una de las butacas y escoge la de la izquierda, la más cercana. El dueño se dirige a la del centro.

La iluminación procede del ventanal de pequeños cristales de colores que recuerdan los vitrales de una iglesia y que inundan la sala de paz. Un lugar ideal para la lectura, la meditación, la búsqueda de la armonía, el descanso... El refugio perfecto.

El visitante se deja caer en la butaca. Se le ve cansado, casi agotado. Lleva días y días viajando por caminos y veredas hasta alcanzar las puertas de Praga y le pesan los párpados, aunque sus pupilas se mantienen inquietas y despiertas.

Václav respira hondo, exhala todo el aire de sus pulmones y cierra los ojos. Continúa respirando despacio y profundamente hasta que los abre de nuevo y le mira.

—¿Preferís el latín al alemán?

Casi ha sido más una afirmación que una pregunta.

—Os lo agradecería infinitamente —responde el visitante—. Conozco algo de alemán, pero no lo hablo con soltura, mientras que el latín es mi segunda lengua. Lo estudié en la universidad. Además, estoy tan agotado que me cuesta Dios y ayuda realizar el menor esfuerzo.

—De acuerdo —asiente Václav levemente y de nuevo respira hondo. Cuando vuelve a hablar ya lo hace en latín—. Hay dos tipos de jade: la jadeíta y la nefrita. La jadeíta procede del este de Asia, de zonas como China o Birmania o ese curioso lugar al que llaman Tíbet, citado por Marco Polo, y que nos es absolutamente desconocido. Mientras que la nefrita se encuentra mucho más repartida: desde Siberia hasta el norte del continente americano, pasando por México. Es un mineral compuesto por calcio, magnesio y hierro, que cristaliza en el sistema monoclinico...

—¿Todo esto forma parte de la leyenda? —pregunta el visitante desconcertado ante el aluvión de datos científicos.

—No, pero sirve para comprender la importancia y la singularidad del objeto que vos, mi inquieto investigador, perseguís.

—Disculpad la interrupción.

—Podéis interrumpirme cuanto queráis —contesta Václav con una sonrisa, y prosigue—: Como ya os he dicho, cristaliza en el sistema monoclinico, pero no es nada frecuente encontrarla en cristales aislados, sino que habitualmente aparece en forma de agregados compactos, que se pueden tallar y esculpir. Por esta razón un único cristal, si además es de buen tamaño, posee un gran valor. Hay que añadir que se trata de un material duro y muy sólido, por lo que resiste bien los golpes y el paso de los años.

Hace una pausa. Su interlocutor permanece en silencio.

—Disculpad mi poca hospitalidad. No suelo recibir mucha gente. ¿Puedo ofrecerles algo de beber? —pregunta.

—Os quedaré profundamente agradecido si me proporcionáis un vaso de agua. El viaje ha sido largo y tengo la boca seca.

—¿Sólo agua? ¿No preferís un vaso de vino?

—Con agua bastará, pues si he de saciar mi sed con vino, puedo aseguráros que luego no encontraré el camino de regreso —bromea el visitante.

—Yo prefiero el vino, aunque tenéis razón al pensar que para vos es más apropiado algo puro y cristalino —dice Václav, mientras se levanta despacio—. ¿Sabéis que el jade siempre se ha asociado al agua? —pregunta y el visitante niega con la cabeza—. En México, los antiguos pobladores enterraban a su gente con un pequeño jade en la boca. Creían que, de esta manera, el muerto no padecería sed en el largo camino hacia el mundo oscuro, detalle que os conviene tener muy en cuenta.

—¿Insinuáis algo? —Se pone en guardia el visitante—. ¿Quizás que quien persigue la Rosa de Jade corre peligro de muerte?

—Todos moriremos, tarde o temprano. La aventura de la vida siempre tiene idéntico final. Simplemente os estoy advirtiendo que podéis entrar en el mundo oscuro, que no tiene porqué ser la muerte del cuerpo, sino que hay otros tipos de muerte. Alguno de ellos, el más deseable, puede conducirnos a otra vida, que siempre se inicia con un nuevo nacimiento al que algunos llaman despertar —responde Václav, muy serio, y abandona la sala en busca de las bebidas.

El visitante deja caer los párpados, respira despacio, intenta relajar sus músculos y procura ordenar sus pensamientos, dejando a un lado todo tipo de sentimientos. De pronto descubre que se está bien aquí y se deja llevar por una extraña, pero cómoda, sensación de modorra.

—Vuestra agua —oye que le dice la voz de Václav Hus, abre los ojos y le mira, regresando a la realidad presente desde un punto muy lejano.

Apenas han transcurrido unos minutos, pero está tan agotado que se ha quedado dormido. Incluso ha soñado.

—Gracias. Perdonad la pregunta. ¿Vos sois checo o eslovaco? Es la primera vez que visito estas tierras y me hago un lío —pregunta mientras toma el vaso que le ofrecen.

—Os encontráis en la región de Bohemia y Václav Hus es un nombre checo. Los eslovacos viven más al este, hacia Moravia. Soy descendiente directo de la familia de Jan Hus, que fue quemado en la hoguera hace más de dos siglos, concretamente en 1415, condenado en el Concilio de Constanza. Sus seguidores, a los que llamaron husitas, se revelaron contra Segismundo, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Entonces el Papa Martín V en 1420 declaró una cruzada y Segismundo invadió Bohemia con un ejército formado por alemanes con la pretensión de hacerse con el trono. Sin embargo los husitas tenían las ideas muy claras acerca de las cualidades que adornaban a dicho monarca y lucharon con tanta valentía y tanto coraje que llegaron a derrotar completamente al ejército invasor. Hasta cinco veces se impusieron a las tropas católicas: en 1420, 1421, 1426, 1427 y 1431. No obstante, y a pesar de sus victorias y de su ímpetu, acabaron por dividirse. Una parte, tras el Concilio de Basilea, llegó a un acuerdo con la iglesia católica y retornó al redil, mientras que otros prosiguieron con la lucha. Y si recordáis la máxima que reza «divide y vencerás», entenderéis que, finalmente, ocurrió lo que tenía que ocurrir y en 1436 Segismundo se sentó en el trono de Bohemia. Naturalmente, la venganza por tantas afrentas fue terrible.

—Divide y vencerás —murmura el invitado mientras asiente lentamente, meditando.

—Divide y vencerás —repite Václav. Chasca la lengua, niega con la cabeza y bebe un sorbo de vino—. Pero vos no habéis venido de tan lejos para escuchar de mis labios la historia de mi país y menos todavía la de mi familia. De manera que volvamos a la Rosa de Jade.

Echa la cabeza hacia atrás y deja que su vista se pierda en los artonados del techo mientras busca en su memoria los detalles de la leyenda.

—Según cuentan algunos, Marco Polo, entre las muchas cosas que hizo en sus viajes por China, parece ser que participó en la excavación de una tumba en donde hallaron tallas de todo tipo, placas con representaciones de dragones, pájaros, elefantes, seres míticos... También parece ser que había una pieza muy especial de la que Marco Polo quedó prendado y que sustrajo con extrema habilidad. Un cristal de jade tallado en forma de rosa, de un color verde intenso, con un pulido y un brillo como jamás se han visto. Lo curioso es que se trataba de una rosa, cuando en aquellas tierras las representaciones, según podemos leer en sus libros de viajes, siempre son de animales, hombres, seres míticos, pájaros, dragones...

—Decís que *parece ser* que participó y también que *parece ser* que había... —le interrumpe el visitante, recalando las palabras clave.

—Así es. No conozco a nadie que haya visto dicha pieza aquí en Occidente. ¿O acaso la habéis visto vos?

—No. No la he visto, señor.

—Hay quien considera a Marco Polo un embaucador y apunta que la mayor parte de lo que explicó no es cierto, sino que constituía el producto de una imaginación exaltada y de un exacerbado deseo de notoriedad. Sin embargo, de esa joya en concreto, él no hace mención alguna en ninguno de sus relatos. Y, según ha llegado a mis oídos, con gran secreto, doce días después de su muerte, concretamente el 20 de enero de 1324, alguien ordenó abrir su tumba situada en el pórtico de la iglesia de San Lorenzo de Venecia, para saber si había sido enterrado con tan preciada talla. Pero no encontraron nada.

—¿Quién lo ordenó? —pregunta el joven profundamente interesado por el relato.

—Quién sabe... —exclama Václav y suelta una risita irónica—. Hay quien apunta hacia muy arriba, hacia Roma, pero ya os he dicho que todo se hizo con el mayor sigilo y gran disimulo. De manera que nadie puede afirmar nada con seguridad.

—¿Y ésta es la leyenda? —pregunta el visitante, decepcionado.

—Éste es el descubrimiento de la pieza o, por decirlo de otro modo, la constancia de que hay gente que habla de la Rosa de Jade como algo real. Por lo menos en el relato popular.

—Entonces, la leyenda...

—La tumba china en donde fue hallada data de muchos años antes de Cristo, según cuentan. Como ya sabéis, esta cultura oriental es milenaria. La leyenda incluso habla de que apareció antes de que el hombre supiese tallar el jade. ¡Miles de años! ¿Quién fue el artista? Nadie es capaz de decirlo.

—Eso nos situaría en una época muy remota.

—La leyenda cuenta que los seres humanos aprendimos de ella el arte de tallar el jade, después de haberla encontrado en una cueva.

—Suen a historia de vírgenes aparecidas —insinúa el visitante.

—¿Verdad que sí? —asiente Václav divertido—. Lo cierto es que, también según la leyenda, fue expuesta a la luz pública y dicen que los que conseguían

mirarla durante una hora seguida, sin pestañear, incrementaban hasta límites insospechados su inteligencia, que se iluminaba con la luz eterna y les permitía ver donde nadie ve.

—Ese concepto de la luz eterna aparece mucho en la religión católica.

—¿De dónde venís vos?

—¿Os referís a mi lugar de nacimiento o al último lugar que he visitado?

—Al último lugar que habéis visitado y que os ha proporcionado algún dato relevante.

—Tournai, que se encuentra....

—En la región de Picardía, a orillas del río Escalda, antigua colonia romana llamada Turnacum y a la que los flamencos llaman Doornik. Posee una muy notable iglesia con un campanario del siglo XI —acaba Václav la frase en un alarde de conocimientos

—¡Muy cierto! —exclama el visitante ante aquel despliegue de cultura—. Me habían advertido que sois un verdadero erudito, pero no imaginaba hasta qué punto alcanza vuestro saber. Y debo pedir os perdón. He empezado a preguntaros por la Rosa de Jade y ni siquiera me he presentado. Mi nombre es Tolino Salerno.

—Señor Tolino Salerno... Entonces, sois italiano, ¿verdad?

—Llamadme Tolino. Os lo ruego. La diferencia de edad os concede este privilegio, si me permitís decirlo, y, por otra parte, así es como me llama todo el mundo —contesta sonriendo—. Nací en Pisa.

—Entonces sois toscano. Dicen que el río Arno es ancho y magnífico y que los barcos llegan hasta Florencia.

—Cierto.

—Y el mar de Liguria... ¡Ay! Yo vivo en Praga y nunca he visto el mar, aunque me han contado que es un inmenso lago azul, enorme, acogedor y lleno de vida a rebosar. Dicen que cuando te acercas, te abraza con sus olas y te acaricia con sus manos, que son suaves y cálidas, mientras cubre toda tu piel de besos. Por esta razón es masculino y femenina, a la vez. Es el mar y la mar. ¿No es así?

—Supongo que sí.

—¿Sólo lo suponéis?

—Es que yo tampoco he visto nunca el mar. Ni el de Liguria ni el Mediterráneo...

—¿Cómo es posible, si Pisa está...?

—A pocas leguas. Ya lo sé. Pero nunca lo he visto. En cierta ocasión, cuando era niño, me escapé de casa para ir en su busca. Me alcanzaron enseguida. Iba en dirección contraria... —cuenta Tolino y se ríe.

—No deja de ser curioso que ahora, tras recorrer media Europa, tampoco lo habéis visto. Pero ésta es otra historia. ¿No es cierto? —pregunta Václav, y Tolino asiente. El dueño de la casa mira al techo y prosigue con su relato—: Cuenta la leyenda que todos querían contemplar la Rosa de Jade y se peleaban por conseguir estar cerca de ella y mirarla sin que nadie les molestase con el fin de mantener la atención y no pestañear durante una ansiada hora. Sin embargo, nadie lo lograba. Siempre había algo que les distraía: un estornudo, una tos, un carraspeo, el sonido del roce de la ropa, una respiración más alta o más profunda que otra, un objeto que cae, alguien que entra, alguien que sale... El deseo de obtener sus dones era tan intenso que finalmente la gente enloqueció y acabaron peleándose e incluso matándose unos a otros para poder quedarse a solas con ella. Una mañana se despertaron y la Rosa de Jade había desaparecido y en su lugar encontraron una tablilla que decía que sólo

regresaría cuando alguien de corazón puro alcanzase su secreto.

—¿Cómo podía alguien alcanzar su secreto si había que mirarla durante una hora y ya no estaba en su lugar?

—Éste es precisamente el misterio y la razón por la que a partir de entonces la buscan —dice Václav, al tiempo que abre las manos y sonrío—. Podéis dar por cierto que, sabedores del valor incalculable de semejante joya, son muchos los que han hecho lo imposible por hallarla. Incluso profanar la tumba de Marco Polo. Y eso es lo que conozco sobre la leyenda de tan preciada joya. No sé si he colmado vuestros deseos...

—Cuando menos, ahora ya sé que existe algo relacionado con la Rosa de Jade, aunque sólo sea una leyenda.

—Cuidado con las leyendas. Pueden estar llenas de simbolismos y a veces son historia destilada hecha sabiduría —contesta Václav, se queda un instante en silencio y pregunta—: ¿Se os ha ocurrido analizar lo que puede representar una rosa de jade?

—¿Además de una pequeña escultura artística...? —pregunta Tolino, muy atento.

—¡Exacto! Además —replica Václav, alza las cejas y baja la voz, mientras se inclina y acerca su rostro en busca de una actitud más confidencial—. La rosa es la perfección que aparece tras sumar el color, la forma y el perfume que la naturaleza nos ofrece. Es vida, es esplendor, es belleza y es grandeza. Por otro lado el interior del jade, aunque no lo veamos, se mueve sin cesar. Es vibración constante. Pero el jade también es muy duro. Pasarán mil años y, si nadie lo destruye, el jade seguirá siendo jade. Por eso, la suma de ambos es el símbolo de la belleza eterna. El jade encierra y guarda la perfección de la rosa y nos indica que aquello que es perfecto permanece y no puede ni empeorar ni mejorar. Si no, no sería perfecto.

—Acabáis de proporcionarme una explicación que me abre una puerta insospechada —responde Tolino, sorprendido.

—Quizás era esto, lo que buscaban aquellos que se quedaban mirándola durante rato y rato, durante aquella ansiada hora: la eterna belleza inmutable —dice Václav despacio—. ¿Os he sido de utilidad?

—Mucho más de lo que podéis imaginar y os estoy profundamente agradecido. Ahora ya sé que no hay marcha atrás.

—Grande es vuestra determinación y os felicito. No todos son capaces de seguir adelante, aunque el camino sea tan empinado como el vuestro.

—Si puedo hacer algo por vos, no dudéis en pedírmelo —contesta Tolino.

—Antes que nada desearía que me aclaraseis una pequeña duda. Perdonad mi torpeza, pero ahora me doy cuenta de que vuestro nombre... Tolino... no me suena demasiado.

El visitante sonrío y asiente lentamente.

—En realidad mi nombre es Alberto. Mi abuelo materno, a cuyo nombre debo el mío, empezó a llamarme Bertolino, para diferenciarme de él, y poco a poco acabé siendo simplemente Tolino. Es mucho más sencillo de pronunciar.

—Alberto... —murmura Václav, despacio, meditando—. Nombre germano que significa que brilla por su nobleza. Interesante, muy interesante. O sea que vuestro nombre real es Alberto Salerno. Curiosas iniciales: AS.

—Me recordáis a una persona, que también sentía atracción por el significado de los nombres. ¿Puedo saber qué nombre es Václav?

—Václav es Venceslao, en vuestra lengua. Significa el hombre más glorioso y se refiere al hombre superior.

—¡Ah! —exclama Tolino, y se queda pensativo—. ¿Hay algo más que

pueda hacer por vos? —pregunta.

—Me gustaría que colmaseis dos deseos.

—Adelante.

—El primero es que enseguida he notado que poseéis una notable educación, pero me intriga saber cómo tuvisteis noticia de esta leyenda. La Rosa de Jade es algo de lo que casi nadie habla y, menos, en lugares tan alejados, como son las tierras del norte de Europa.

—La primera vez que tuve noticias de ella fue en Pisa, gracias a alguien que me dijo que para acceder a la cuarta dimensión hay que dominar la tercera. Esto puede conseguirse bien de forma espontánea o bien por medio del conocimiento. Y ahí es donde la mente se detiene, el sueño de lo irreal desaparece, el yo se diluye y el universo entero se funde y se convierte en un punto único, aunque infinito.

—Sabias palabras. Habláis como si quien os las dijo hubiese muerto.

Tolino no responde. Baja la mirada mientras la sombra de la tristeza cubre su rostro.

—Lo siento —dice Václav y busca sus ojos—. Os noto muy cansado.

—He viajado mucho, he recorrido más de media Europa, de un lugar para otro, a pie —contesta Tolino, al tiempo que sonríe tímidamente—. Salí de Pisa sin rumbo fijo y meses después acabé perdido por los alrededores de Carasona, región que, como ya sabéis, fue habitada por los cátaros. ¿Cómo acabé allí? Pues... de la forma más estúpida que existe. Apenas hablo francés y, como temía que podían perseguirme, no me atrevía a viajar de día y, menos todavía, a preguntar. Me escondía en los bosques, me acercaba a las aldeas y robaba lo que podía para sobrevivir, que no era mucho porque, como también sabéis, Europa entera está inmersa en una hambruna tan grande que parece que el buen Dios nos ha abandonado. Mi conversación era el silencio, mi compañía los animales y las plantas, mi techo el cielo, mi hogar el suelo que pisaba y mi rumbo ninguno. Cansado y medio muerto de hambre, topé con una casa, prácticamente una cabaña, en donde moraba una mujer tan vieja como la propia casa, que me descubrió cuando pretendía ordeñar la única cabra que había, se apiadó de mí y me dio cobijo y comida. Aquella buena mujer hablaba algo de italiano y guardaba en su casa unos pergaminos arrugados que había traído un abuelo suyo que sabía leer y escribir. Contaba aquella anciana que un buen día su abuelo partió de viaje y regresó al cabo de mucho tiempo habiendo perdido la razón, hasta el punto que sólo pensaba en irse de nuevo y salía desnudo de casa con la vista puesta en Oriente, mientras murmuraba que se iba en busca de una flor: la Rosa de Jade. Tuvieron que atarlo y, finalmente, enfermó y murió. Como en su casa nadie sabía leer, guardaron aquellos documentos como si de una reliquia se tratase y nadie los vio hasta que llegué yo.

—¿Qué decían esos documentos?

—Era poco menos que increíble. Sin proponérmelo, sin saber ni adónde me dirigía, fui a parar, posiblemente, a uno de los pocos sitios de Europa que podían proporcionarme alguna información sobre la Rosa de Jade. Aquellos documentos estaban escritos en latín y hablaban de un gran tesoro oculto tras una puerta cuyo cerrojo sólo puede abrir, precisamente, la Rosa de Jade. Allí se relataba que un caballero templario, en uno de sus viajes a Oriente, había oído hablar de la existencia de una leyenda, aunque no la explicaba. Y, añadía, que dicho caballero afirmaba que no se trataba únicamente de una leyenda, sino que la Rosa de Jade existe realmente.

—¿Cómo habéis llegado hasta mí?

—La buena mujer murió al cabo de unos meses, tiempo más que suficiente para que yo descubriese que nadie me perseguía. No sé cómo, de pronto apareció un enjambre de supuestos parientes que vaciaron la casa, incluso se llevaron parte del tejado, y me dejaron sentado sobre una piedra. Creo que habían oído el cadáver. Afortunadamente, logré salvar mi zurrón y, dentro, los documentos que aquella anciana, sintiéndose morir, me había entregado la tarde anterior. Abandoné Carasona con la idea de recorrer el camino de Santiago como un peregrino más, puesto que los escritos hablaban de un largo camino que conduce hasta los confines del mundo, hasta la última respuesta a la última pregunta.

—¿Y qué encontrasteis?

—A medio camino, cuando ya me hallaba al otro lado del Pirineo y había sobrepasado Roncesvalles, me detuve en un albergue de peregrinos, situado en un lugar que llamaban Aurizberri, en el reino de Navarra, en donde coincidí con otro peregrino, ya mayor, que vio los documentos que traía en un momento en que los consultaba. Estuvimos conversando hasta altas horas de la noche y me sorprendió que él también hubiese oído hablar de la leyenda. Le pregunté dónde, me respondió que entre Francia y Alemania me proporcionó detalles y datos curiosos, con toda una magnífica descripción de Tournai que me indujo a creer que había estado allí y que cuanto decía era cierto. A la mañana siguiente, al despertarme, aquel hombre había desaparecido y me había robado los documentos. Pregunté por él y me dijeron que había partido hacia el este. Di media vuelta y seguí su rastro a través de casi media Europa. Primero hacia el este, luego hacia el norte, luego hacia el oeste, luego hacia el sur, más tarde de nuevo hacia el este y así en zigzag o en círculos, sin parar ni un instante. Cada vez que creía tenerle a tiro de piedra, desaparecía. Hasta que un buen día, casi cinco años después, me encontré a las puertas de Tournai.

—¡Lástima que no recorrieseis el camino de Santiago! Estuvisteis muy cerca de algo.

—¿Sí?

—Así es. La gente anda el camino de Santiago convencida de que eso cambiará su vida, pero muchos no saben lo que hacen ni por qué lo hacen. La Iglesia lo ha desvirtuado y lo ha convertido en una caricatura de lo que es en realidad —explica Václav, y hace una pausa antes de proseguir—: Lo que ahora es el camino de un apóstol que, supuestamente, visitó aquellas tierras, antes, mucho antes, incluso antes de los tiempos de los celtas y de los íberos, era el camino que tomaban los que ya llegaban al extremo de la desilusión y el desencanto absolutos. Se trataba de personas que, tras mucho estudiar, pensar y meditar, concluían que la vida en este mundo carecía de sentido y necesitaban hallar algo distinto. ¿Me seguís?

—Soy todo oídos.

—Por esta razón emprendían el camino que conduce al fin del mundo, a Finisterre. Un camino largo y lleno de sacrificio en donde ponían a prueba su capacidad de resistencia. Comían lo que buenamente les daban, bebían en los riachuelos y las fuentes y muchos desistían del intento y regresaban a sus casas derrotados para vivir durante el resto de sus días una vida vacía. Otros alcanzaban el cabo de Finisterre, el punto más al oeste de todas las tierras, y se precipitaban en las aguas del océano presas de la más absoluta desesperación ante el desastre que significaba no haber descubierto nada. Finalmente, unos pocos llegaban, encontraban lo que habían ido a buscar, daban las gracias y regresaban, pero no ellos, sino las nuevas personas en que

se habían convertido.

—Yo soy de los que han regresado sin haber llegado —dice Tolino con tristeza.

—Vos no sabíais que existía tal camino y para vos aún no había llegado la hora ni aquél era vuestro Finisterre —le contesta Václav y se queda mirándole.

—Sin embargo, no deja de ser curioso que, tras dar tantas vueltas por toda Europa, aún no he visto el mar. Y eso que lo he tenido durante casi toda mi vida a cuatro pasos. El Arno desemboca en el mar de Liguria, un poco más allá de Pisa. Sin embargo, por una razón u otra, jamás pisé su orilla y llegué hasta Tournai y me llevé la gran sorpresa de que Pierre Balmin, uno de los muchos nombres que había oído de labios de quien me robara, existía. Otros no existían, pero éste, sí. Conseguí que me recibiese y fue él, precisamente, quien me dijo que si alguien sabe algo sobre la Rosa de Jade, ése, sin duda alguna, sois vos.

Václav acerca su rostro al de su invitado, se inclina ligeramente hacia él y baja la voz.

—Pierre Balmin. Un curioso personaje. ¿No es cierto? —susurra, mientras arquea las cejas. Tolino asiente. Luego Václav recupera la compostura y alza de nuevo la voz—. Él conoce parte de la historia y sabe que quien pretenda buscarla tiene que estar dispuesto a enfrentarse a enormes peligros y que las garantías de éxito son ínfimas, por no decir inexistentes. Se trata, sin duda alguna, de un verdadero Finisterre.

—¿Acaso habláis por experiencia?

—Siempre que se da un consejo, se supone que está fundamentado en la experiencia.

—Me enfrentaré a lo que sea —dice Tolino, con una sonrisa, mientras su mirada se ilumina—. Mi desesperación es tan grande o mayor que la de los que emprendían el viaje al fin del mundo y aún no he llegado. Ahora recuerdo que me advirtieron que tuviese mucho cuidado con la Zorra de Marduk. «Guardaos muy bien de ella», me dijo un buen amigo, poco antes de abandonar Pisa.

—¿Sabéis qué es la Zorra de Marduk?

—No tuve tiempo de averiguarlo y luego he olvidado ese detalle. Hasta ahora, que ha acudido a mi memoria.

Václav sopla, echa el cuerpo hacia atrás, se apoya en el respaldo de la butaca y cruza las manos delante de los labios en actitud de oración.

—Las advertencias, y más si no son claras, pueden resultar peligrosas. Y ésta lo es —dice despacio—. ¿Sabéis quién fue Marduk?

—No, señor. Confieso mi ignorancia.

—Marduk fue el dios supremo de Babilonia. ¿Y qué es una zorra?

—Un animal.

—Y también una puta.

—La puta de Babilonia —murmura Tolino y añade—: Así es como los albigenses o cátaros llamaban a la Iglesia Católica.

—Sí, y fueron masacrados como también lo fueron los templarios por no revelar su gran secreto sobre el tesoro escondido. ¿Habéis oído hablar de ese tesoro secreto?

—He soñado con ellos, con los templarios, y con su secreto.

—¿Podéis contarme vuestro sueño?

Tolino asiente despacio, se muerde el labio superior y se coge las manos. Echa el cuerpo hacia delante.

—En realidad fueron dos sueños, aunque separados por mucho tiempo, pero uno continuación del otro. El primero tuvo lugar cuando ya hacía muchos

días que andaba tras el peregrino que me había robado mis documentos. Aquel hombre parecía dar vueltas y más vueltas sin rumbo fijo, siguiendo un camino errático. Norte, este, sur, oeste y vuelta a empezar —dice con la mirada perdida en el pasado—. Una tarde tomé un camino equivocado y ya anochecido acabé en lo alto de una extraña montaña, hecha de piedras redondeadas y amontonadas en donde me encontré a las puertas de un monasterio. Llamé y me abrió un monje. La sorpresa fue mayúscula. Había ido a parar al monasterio de Montserrat, en el corazón de Cataluña. Confieso que al escuchar este nombre me asaltaron muchos recuerdos, que ahora no vienen al caso. Aquellos monjes me acogieron y, tras darme algo de comida, me permitieron pasar la noche echado en un rincón de un pasillo.

Antes de proseguir, Tolino entorna los párpados, respira hondo y suelta todo el aire de sus pulmones.

—Estaba todo oscuro y hacía frío, pero bajo la capa, bien tapado, me sentía a gusto. Cansado como estaba, enseguida me quedé dormido y soñé que entraba en una cueva en donde había nueve caballeros vestidos de blanco que lucían una cruz roja en el pecho y que formaban un círculo, en cuyo interior se hallaba un hombre arrodillado y vestido con una túnica blanca. Tiempo más tarde descubrí que el uniforme de los templarios era blanco con la cruz roja en el pecho. Había uno que tomaba solemne juramento al que se encontraba arrodillado. «Sí, Grand Maître. Juro por Dios que nada de cuanto escuche, lea, aprenda, piense, intuya, descubra, escriba o hable será repetido por mis labios, que permanecerán sellados por siempre jamás, aunque mi cuerpo reciba el mayor suplicio jamás imaginado. Así lo afirmo y pido a Dios que si, en algún momento mi voluntad flaquea y tengo la menor intención de no cumplir este juramento, acabe con mi vida y que arroje mi alma a los abismos de las tinieblas», respondió el que estaba arrodillado. Entonces uno de los caballeros se acercó y le entregó un vestido como el que llevaban los demás y una espada.

—¿Sabéis quién era el Grand Maître? —dice Václav.

—En aquel momento no, pero lo averigüé en mi segundo sueño.

—Proseguid. Os lo ruego.

—Por lo que respecta a aquel día, o mejor dicho a aquella noche, no soñé nada más. Sin embargo, volví a soñar con esos hombres casi dos años más tarde, cerca de París —contesta Tolino y entorna de nuevo los párpados—. Se trataba de la misma cueva, pero ahora no eran nueve, sino doce, y no todos lucían la cruz roja en el pecho, sino que tres la llevaban negra. Discutían entre ellos y había dos que eran los que parecía que mandaban. Uno de ellos era Grand Maître y el otro pertenecía al grupo de los de la cruz negra. Oí que el de la cruz negra pronunciaba el nombre de Jacques cuando se dirigía a Grand Maître. De manera que imagino que no podía ser otro que Jacques de Molay, el último Gran Maestro de la orden del Temple, tal como pude descubrir más tarde. Mientras que al de la cruz negra le llamaban Grand Loup Noir, pero nadie pronunció su nombre. Mencionaban un tesoro, que según parece pretendía el rey Felipe IV de Francia. Aquí acabó el sueño, esa noche. Lo sorprendente fue que el segundo sueño era realmente la continuación del primero.

—¿Por qué lo decís? —le interrumpe Václav.

—Porque tenía la extraña sensación de que los tres hombres de la cruz negra, que acababan de aparecer en escena, habían presenciado la ceremonia del juramento —responde Tolino.

—No deja de ser curiosa, esa extraña sensación. ¿No sería más bien que la sensación venía de vos mismo, por haber soñado las dos veces con algo

parecido?

—Ése fue mi primer pensamiento, cuando me desperté, pero conforme ha ido pasando el tiempo, la sensación se ha acrecentado. Estoy plenamente convencido de que aquellos tres hombres habían presenciado todo el proceso.

—¿Y vos, dónde estabais?

—¿Yo? Pues... yo soy el que soñaba.

—¡Claro! —exclama Václav—. Perdonad. No hago más que interrumpiros, pero es que me resulta tan interesante... Seguid, seguid.

—Ahora que lo mencionáis, debo explicaros un detalle harto curioso. Al final de cada sueño, tuve la sensación de que alguien me hablaba, a mí, directamente, y al oír su voz me desperté —dice Tolino y entorna los párpados para recordar con mayor precisión—. En el primer sueño la voz venía de atrás, de lejos, pero en el segundo, la escuché junto al oído. Tanto un día como el otro, nada más despertar, abrí los ojos y volví la cabeza en busca de quien había hablado, porque resultaba tan real... Sin embargo, cuando intenté recordar las palabras, no hubo forma. Y a lo largo de mi camino se ha convertido en una obsesión. Estoy plenamente convencido de que era un mensaje muy importante y por más que me esfuerzo no puedo recordarlo. Y eso que fueron pocas palabras, a lo sumo cuatro o cinco, sólo una frase —Hace una pausa y niega con la cabeza. Respira hondo y sonrío—. ¡En fin! Lo que sí recuerdo vivamente es que seguían discutiendo en la cueva y que nombraron al Papa Clemente V y a otros personajes, como un tal Guillaume de Nogaret, que querían apoderarse de toda la riqueza de los templarios. Grand Loup Noir insistía en que tenían que huir, que morirían todos si se quedaban. Grand Maître le contestó que disponían de poder y de argumentos más que sobrados para defenderse y que no había nada que temer. Contaban con más de treinta mil caballeros, disponían de cincuenta castillos y fortalezas, así como más de nueve mil posesiones repartidas por toda Europa, mandaban sobre una poderosa flota y dominaban el comercio y la economía a través de la banca, por lo que el Papa les protegía. Ni el propio rey de Francia se atrevería a enfrentarse a semejante poderío. Entonces Gran Loup Noir dijo: «¿Qué diréis cuando os pregunten por el Secreto?».» Se hizo el silencio y los nueve de la cruz roja en el pecho se retiraron ofendidos, dejando en la cueva a los tres de la cruz negra. Aquí acabó mi segundo sueño.

—Interesante —murmura Václav—. Muy interesante. ¿Y no habéis vuelto a soñar o tenido alguna visión?

—Hasta el presente, no.

Oscurece y aparece Edvard con una vela con la que enciende las que cuelgan de las paredes. Todo ello sin dejar de mirar al invitado con recelo.

—Ya he abusado demasiado de vuestra paciencia y os agradezco que me hayáis recibido —se excusa Tolino—. Es muy tarde y tengo que buscar un sitio donde poder pasar la noche. Si me decís cuál es vuestra segunda petición, me marcharé y os dejaré en paz.

—Deseo que os quedéis a dormir —suelta Václav, sin más.

—¿Ésta es vuestra segunda petición? —pregunta Tolino, extrañado.

—No puedo permitir que os marchéis así, cansado y con el estómago vacío. Los peregrinos que iban camino de Finisterre recibían comida y cobijo y vos no seréis menos que ellos, puesto que también buscáis vuestro Finisterre —dice el dueño de la casa y, sin dejar que responda, se vuelve hacia Edvard y ordena—: Dile a Martina que sirva un plato de sopa en el comedor y que luego prepare la habitación pequeña. El señor Salerno dormirá con nosotros esta noche.

—Traigo un poco de pan y cansalada en el zurrón... —dice Tolino.

—¡Ni hablar! —exclama Václav muy decidido—. Es mucho mejor una buena sopa de verduras. Además, me he fijado que cojeáis un poco.

—No es ninguna herida ni el producto del cansancio, sino que forma parte de mí. Casi toda mi vida he acarreado con esta pierna y no me queda más remedio que seguir haciéndolo.

El criado se retira, no sin refunfuñar.

—Lleva conmigo tantos años que, a veces, cree que quien manda es él —se queja el dueño—. Acompañadme.

Se levantan y Václav conduce a Tolino hasta el comedor, donde hay una larga mesa con capacidad para diez comensales, y le indica la silla situada a la derecha de la cabecera, mientras él se sienta enfrente.

Martina es una muchacha menuda y joven que se mueve deprisa. Aparece con un plato y lo pone delante de Tolino, desaparece, aparece de nuevo con la soperá humeante, la deposita sobre la mesa, le pasa el cazo a Václav y vuelve a desaparecer. Todo en un santiamén.

El dueño de la casa le sirve un buen plato y Tolino se dispone a comer.

Por su expresión Václav juraría que su invitado está a punto de desmayarse de placer sólo con oler el aroma que desprende el caldo, penetra su nariz y alcanza el lugar más recóndito de su cerebro para rescatar recuerdos imborrables. Hace mucho tiempo que no tiene frente a sí una sopa tan deliciosa, en la que se nota la presencia de auténticos huesos y verduras. Václav, en un acto de caridad, lo observa, guarda silencio y deja que acabe hasta la última gota de este manjar de dioses.

—¿Os sentís mejor? —le pregunta una vez su plato se ha quedado vacío.

—No creo que el cielo pueda ofrecer algo parecido —contesta Tolino.

—¿Queréis más?

—Si tal prodigio fuese posible...

Václav se levanta, le sirve otro plato tan lleno como el primero y Tolino da buena cuenta de él.

—¿Más? —pregunta Václav con una sonrisa.

—Tomar más ya sería gula —contesta Tolino y niega con ambas manos.

Ha vivido durante mucho tiempo entre privaciones y conoce el significado de las palabras frugalidad y sacrificio.

—Entonces, os conduciré a vuestra habitación para que podáis descansar.

El dueño de la casa se levanta, toma una vela y le indica que le siga.

Cruzan una pequeña arcada que da a un largo pasillo con varias puertas. Václav se detiene frente a la tercera de la izquierda y la abre.

—Es todo cuanto puedo ofrecer —dice, mientras se aparta.

Se trata de una habitación de poco más de cinco codos de largo por cuatro de ancho, en donde cabe un jergón con una manta y poco más. Hay una pequeña ventana que da a un patio interior.

—Para mí es un palacio —contesta Tolino—. Os estoy profundamente agradecido.

—Es posible que ahora lo veáis como un palacio, pero creo que en otro tiempo no lo habría sido. ¿Verdad?

Tolino no responde. Sonríe, suelta el zurrón y Václav le da la vela.

—Hay una comuna al fondo del pasillo, en el patio. Que tengáis dulces sueños —dice el anfitrión, sale y cierra la puerta.

El joven se sienta en el borde del jergón, se quita la chaqueta, los zapatos y la camisa, y más que echarse, cae de espaldas. Inspira y nota un olor a violetas mezclado con ciertos aromas que le recuerdan las iglesias. Entonces descubre un cuenco con agua y pétalos de flor y un poco más allá un pequeño plato con un poco de incienso que humea ligeramente. De ahí parten los perfumes. Sopla, apaga la vela y se tapa con la manta.

Al cabo de unos instantes se siente tranquilo y agradable. Sonríe. Es la primera vez en largos meses que duerme en un lugar tan acogedor, envuelto en perfumes y sintiéndose seguro, y su mente se adormece.

Cuando sus ojos se abren, Tolino no sabe cuánto tiempo ha transcurrido. Todo está oscuro y la vela está encendida. Se queda pensativo. Juraría que la había apagado, pero cuando se tendió en la cama estaba tan cansado que seguramente se ha quedado dormido al instante. Nota que su cuerpo ha descansado como nunca y que su mente está despierta.

Además, ahora recuerda que ha soñado. ¡Sí, ha soñado de nuevo con la cueva y con los caballeros templarios! Y... la Rosa de Jade... ¡Dios! ¡La Rosa de Jade! También ha soñado con ella.

Se incorpora casi como movido por un resorte y descubre que la puerta de la habitación permanece abierta y que un tenue resplandor, procedente de la sala de la biblioteca, le llega a través del corredor. ¿Qué hace la puerta abierta? ¿No la había cerrado Václav Hus?

Se levanta, se viste la camisa, se calza los zapatos, asoma la cabeza al pasillo y observa. No hay nadie. Sale y se dirige hacia la luz.

Entra en la sala. Václav se halla sentado en una de las butacas con unos documentos en las manos que lee ayudado por unos anteojos. A su derecha y a su izquierda mantiene encendidas dos lámparas cuyas mechas arden sin producir humo y proyectan su luz directamente hacia los escritos gracias a unos pequeños espejos cóncavos. El resto de la estancia permanece a oscuras.

El dueño de la casa nota una presencia extraña, levanta la mirada y descubre a Tolino.

—A mi edad me cuesta leer y necesito del concurso de este artilugio tan incómodo, pero tan útil —dice apartando los anteojos—. Sé que no debería hacerlo, si no es con luz de día. Los ojos sufren y pueden perder su capacidad para ver, pero como duermo poco y me aburro...

—Dicen que Galileo Galilei se ha quedado prácticamente ciego —comenta Tolino.

—¿Le conocéis?

—Tuve ocasión de hablar con él.

Václav niega con la cabeza y frunce los labios.

—No poder ver la luz debe de ser terrible para un hombre que ha vivido observando el cielo —dice—. Mis últimas noticias son que vive prisionero en su casa, pero que le permiten disponer de cierta ayuda. Sin embargo, para un hombre como él, la ceguera es la peor de todas las prisiones —calla un instante y pregunta—: ¿Habéis podido descansar?

—Como si hubiese dormido cien horas seguidas, y ahora estoy desvelado. Os pido disculpas por importunaros tanto.

—No me importunáis. Al contrario: agradezco vuestra presencia. Tomad una butaca y sentaos ahí delante, os lo ruego —responde Václav señalando un punto frente a él.

Tolino toma una de las butacas y la desplaza hasta situarla delante de la

de su anfitrión. Václav mueve ligeramente las dos lámparas para que les iluminen a ambos. Desde sus posiciones y con esta luz únicamente pueden verse el uno al otro, con lo que ambos tienen la sensación de que están solos en el universo, que el mundo termina en la oscuridad de esta sala.

—Hace un instante he sentido el impulso de contaros..., pero ahora creo que es una estupidez —dice Tolino.

—¿Contarme vuestra vida, quizás?

—Más o menos. No toda, sino la primera parte, la que de veras interesa. Mis andanzas por Europa representan un viaje de aquí para allá en busca de respuestas, pero las preguntas se plantearon en Pisa y es allí, donde todo empezó. Nunca me había pasado que sintiese esa necesidad y no sé por qué ahora sí.

—Quizás porque, al ser ya mayor y saber que ya he vivido incluso más de la cuenta, inspiro confianza —dice Václav, y sonríe—. Además, nos encontramos en Praga, muy lejos de Pisa, y apenas me conocéis. Eso también inspira confianza. Sabéis que no os juzgaré y, si acaso lo hiciera, a vos os trae sin cuidado porque tenéis intención de marcharos por la mañana y estáis más que convencido de que seguramente no volveremos a vernos, mientras que para mí será una historia que habrá llenado una de mis noches en blanco.

—Puede, pero... —dice Tolino y de nuevo se queda en silencio.

—¿Hay algo más?

—Me he tendido en el jergón y tal era mi agotamiento que me he quedado dormido de inmediato. Sin embargo, me he despertado completamente descansado y una voz interior me ha ordenado que os cuente cómo llegué a tener noticias de la existencia de la Rosa de Jade. No obstante, es una historia un poco larga que puede aburriros.

—Sois un hombre culto que ha viajado y seguro que habéis vivido alguna que otra aventura muy particular, aunque todavía no habéis visto el mar. Ese detalle me ha quedado muy claro —contesta el anfitrión, siempre sonriendo—. Además, os expresáis muy bien. Permitidme, pues, que sea yo quien juzgue su valía. Así que os quedaría muy reconocido si me contaseis lo que habéis venido a relatarme. Para vos hacerlo debe ser importante, puesto que apenas habéis dormido una hora y ya estáis desvelado y, por vuestro aspecto, diría que descansado. Todo un prodigio, teniendo en cuenta que habéis llegado sumamente fatigado. En cuanto a si es larga o corta, os recuerdo que disponemos de toda una noche por delante.

—Como gustéis.

—Gracias. Siempre que me siento aquí, de noche, me traigo una jarra de agua y un vaso, pero hoy, no sé por qué, he ordenado a Edvard que me trajese dos vasos —dice Václav y señala la mesita sobre la que reposan la jarra y los dos vasos—. Puede que también haya escuchado una voz interior. Os ruego que empecéis por el principio, que no escatiméis detalles y que me deleitéis con vuestro relato. Los detalles son riqueza y, a veces, en el detalle se encuentra el mayor valor. Lo mismo que sucede con el mar, que esconde riquezas de un valor incalculable. Y no sé por qué, pero estoy convencido de que voy a escuchar un relato de alguien que no es cualquiera.

El joven cierra los ojos y respira hondo mientras rebusca en su memoria. Václav se echa hacia atrás, apoya la espalda en el respaldo, y deja que su rostro desaparezca de la vista y se esconda en la oscuridad.

Y ahí es donde Tolino comienza su relato.